

Todos somos amigos de lo ajeno

José Zuleta Ortiz

Ilustraciones Carlos Andrés Ortiz

A Isabel Moreno

Estaba en Barcelona y no tenía trabajo. Isabel, mi mejor amiga de aquellos días, llamó:

—Hay algo, pero no estoy segura de si te gustará. Vas a estar muy solo.

—Más solo de lo que estoy, imposible —fue mi respuesta.

Nos encontramos una mañana de comienzos de otoño para desayunar en un café cerca de su oficina.

—Hay unos conocidos de mi ex, y necesitan a alguien para cuidar una casa de campo. Viven en Japón. El señor que les cuidaba es un vecino y no puede quedarse más en la casa. Ayer llamó para que le ayude a encontrar a ese alguien.

—¿En qué consiste el trabajo?

—En vivir allí.

—¿Y cuánto pagan?

—450 euros al mes. No es mucho, pero no tienes que pagar arriendo ni servicios, y puedes hacer lo que quieras.

Tomamos la autopista que va a Sitges, luego de una hora de viaje por una carretera que bordea la costa, llegamos a la propiedad empotrada en una colina y oculta entre un bosque de coníferas. Isabel detuvo



el carro ante una gran puerta donde esperaba un hombre viejo, algo encorvado. Abrió el portal de hierro forjado en cuyo centro se alcanzaba a ver, carcomida por el óxido, una heráldica de familia y el número 23.

Entramos. Cincuenta metros adelante apareció la casa: alta, pintada de terracota y blanco, bordeada de jardines, agobiada por los años, aunque firme y mirando al mar.

—¿Quiénes son los dueños? —pregunté.

—No lo sé, los dueños no quieren que se sepa de quién es la casa.

—Parece algo misterioso —dije.

—Sí, eso parece: un lugar de misterios —concluyó Isabel.

El viejo nos alcanzó, traía unos sobres bajo el brazo.

—Benito Ferré —dijo estrechando mi mano.

—Soy Fernando. Vengo a relevarlo.

—Viene a estar en la casa, yo seguiré a cargo de la correspondencia —aclaró con tono de autoridad.

Tomó el antebrazo de Isabel y se adelantaron hablando en voz baja. Rodearon la edificación y llegaron a una puerta trasera. Benito la abrió y se volvió hacia mí para invitarme a entrar. La cocina era inmensa, tenía horno de barro y varias alacenas, asador de carbón, plancha de hierro, cuarto frío y dos neveras Frigidaire modelo 60. En el centro sobresalía una mesa redonda de cuatro puestos, réplica de un diseño de Gaudí. Luego pasamos al comedor. En las paredes colgaban dos grandes gobelinos con temas de caza, y en los espaldares de las sillas, incrustadas en bronce, se apreciaban las iniciales: JS.

En el salón principal había varios sillones y poltronas forradas en cuero. Estaba decorado con retratos de familia parecidos a los de Velásquez: un hombre altivo, rubicundo de mirada ambigua, y una mujer de piel tersa, con cierta resignación en su rostro.

En otro espacio de la primera planta estaba la biblioteca: cómodos muebles, un gran escritorio y todas las paredes forradas de libros.

—Arriba hay siete habitaciones —explicó don Benito sin invitarnos a subir.

—En el segundo piso todo está cerrado. Usted dormirá en la habitación del servicio, al lado de la cocina.

Mostró dónde quedaban las llaves de paso del agua, la caja de fusibles de la energía, y el lugar de las bombonas del gas.

Volvíamos a salir. Sacó un llavero en el que se arracimaban cientos de llaves, activó un mecanismo que las liberaba de un asa de acero y me entregó una única llave: la de la puerta trasera por la que ingresamos.

Salimos al jardín. Don Benito me dio una tarjeta con sus datos. Decía: Benito Ferré, traductor. Nos despedimos, Isabel se quedó un rato y entró conmigo a la habitación.

—Aquí el cuarto del servicio es el doble de la habitación principal de mi apartamento —dijo.

Me senté en la cama para ver si el colchón era duro y para mi alegría así era. El baño estaba enchapado con baldosines octogonales de colores blanco y azul, el

lavamanos era antiguo con grifos de bronce y porcelana. El inodoro de cisterna alta y cadena. La ventana de la habitación daba al jardín donde extrañas flores de amaranto encendían el aire.

Isabel se marchó con la promesa de visitarme en quince días.

Me sentí feliz en aquella casa, en aquella soledad, en aquel misterioso y fácil trabajo.

Un día, esculcando en la biblioteca, encontré una llave escondida en un jarrón. La probé en las habitaciones, pero era muy pequeña para esas cerraduras. Luego la probé en el escritorio y abrió uno de los cajones. El cajón contenía sobres con textos literarios. Me dispuse a leerlos. Eran cuentos, algunos muy ingeniosos. Otros memorables por la factura del texto y la calidad de las descripciones. Recuerdo uno en el que una paloma después de un aguacero “se bebía en un charco el cielo de la plaza”. El estilo de los cuentos era diferente, pero en casi todos se sentía una mano diestra conduciendo el relato. Nada de lo leído estaba firmado. Lo único que podía hablar de un posible autor era el papel: contenía un discreto repuje con las iniciales JS. Leí con placer y luego, movido por aquellos textos anónimos, me dispuse a investigar sobre los propietarios de la casa. Con la misma llave abrí todos los cajones del escritorio. Busqué una foto, un recibo, una postal, pero sólo encontré un recorte de prensa en el que aparecían en una fotografía dos parejas en un acto social. Busqué en los libros con la ilusión de hallar alguna dedicatoria, un exlibris, algo que me sugiriera un nombre. Ni la más remota pista.

Traté de abrir con hojas de cuchillos y destornilladores las habitaciones pero los sistemas de las chapas eran antiguos y muy seguros. Tratar de forzarlos habría dejado huellas de violencia.

Al lado de la puerta de hierro de la entrada a la propiedad estaba el casillero de la correspondencia. Lo visité una semana a varias horas diferentes, pero siempre lo encontré vacío. Un día salí para ver si encontraba algo, y vi a don Benito que se retiraba del lugar con un sobre de manila en la mano. Le grité un saludo, él lo devolvió y preguntó de lejos si todo estaba bien. Yo le respondí que sí, y siguió su camino.

Isabel llegó un domingo a las diez de la mañana. Traía un canasto de dos tapas y un mantel a cuadros rojos y blancos, una botella de vino y unas revistas. Hicimos un picnic sobre el césped de los amarantos.

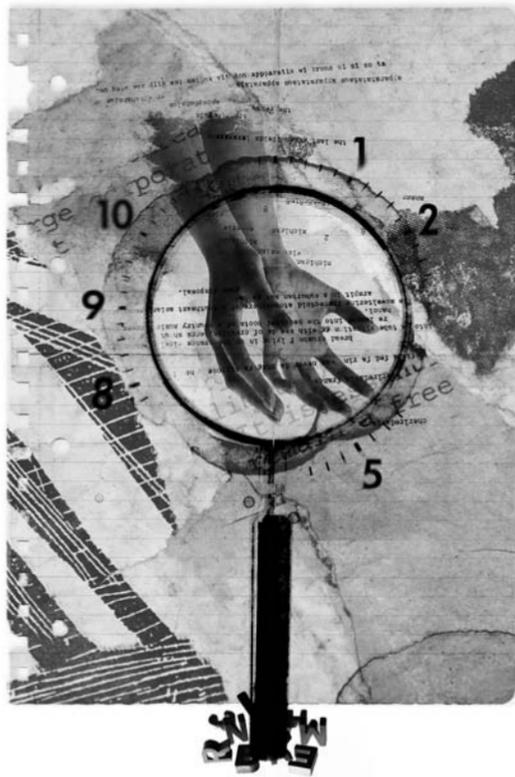
—Desayuno sobre la hierba —dije aludiendo a una pintura de Manet en la que una mujer desnuda desayuna con unos amigos en el campo.

—No imagines tanto, tonto, mejor dime cómo has estado.

—Bien, cada día me gusta más esta casa. La biblioteca es maravillosa, leo,



cocino, camino por los jardines, voy al mercado, a veces bajo hasta el mar. Duermo profundamente. La semana pasada encontré en el escritorio algunos textos; uno de ellos me llamó la atención por su título: “Todos somos amigos de lo ajeno”. El relato narra la historia de una pareja que no puede tener hijos y deciden robar un bebé. Luego el niño crece, se hace hombre y seduce a la mujer de un terrateniente que obtuvo las tierras corriendo cercas, invadiendo terrenos de la nación y engañando herederos. La nueva pareja tuvo un hijo: un muchacho que desde los trece años quería hacer lo que se le antojaba; su padre no le permitía nada, lo obligaba a estudiar y reprendía con violencia y brutalidad las travesuras del adolescente. Se llama Arturo Hurtado. Cuando Arturo cumplió catorce años, en una clase de química oyó hablar



del cianuro y supo de su letal poder. Sus padres comprobaron en carne propia la verdad de tales teorías. El joven Arturo heredó las tierras y se entregó a la bebida y a las drogas heroicas. Su disipación no alcanzó a menguar la riqueza heredada, pero sí su salud; enfermó de una dolencia desconocida para la ciencia, en la que los sentidos se pierden. Primero perdió el gusto, luego el oído. Por esos días se rumoró que una de sus empleadas estaba encinta. Cuando dejó de sentir el aroma de las flores, supo que el fin estaba cerca y ordenó construir un mausoleo. A medida que Arturo se deterioraba, los criados se esmeraban en atenciones y cuidados. Alguno le sugirió —en vista de que no tenía herederos— “que era hora de hacer un testamento”. Lo hizo en secreto ante el notario de la región. Después de esa diligencia final, comenzó a visitar cementerios. Jamás había ido a ninguno, ni siquiera asistió al funeral de sus padres. La única vez en la vida que sintió deseos de leer fue en esas visitas; quería leer epitafios.

El hombre que lo acompañaba tomaba nota de los que le llamaban la atención: “La muerte es el mayor sueño”, “Al fin un poco de tierra”, “Recuerde, sólo somos recuerdo”, “Aquí yace el recaudador víctima de los amigos de lo ajeno”. Cuando Arturo Hurtado murió, leyeron el testamento en el que dejaba sus bienes al niño de la criada; además daba instrucciones para que los restos de todos sus parientes muertos fueran reunidos en el mausoleo y pedía que en una losa de mármol negro se grabara un epitafio que dijera en letras de oro: “Todos somos amigos de lo ajeno”. Me pregunto quién escribió esos cuentos.

—Ni idea —respondió Isabel, disponiendo sobre el mantel extendido unos kipes, tabule, pan, berenjena y tahine.

—¿Y al final de este platillo harás la danza del vientre? —pregunté.

—Mejor vamos a darle algo al vientre para que deje de cantar —respondió.

—¿Por qué no me cuentas quién es don Benito?

—Es un viejo amigo del dueño de la casa, trabajó como traductor para unas editoriales de Barcelona y hace años está jubilado.

Por la tarde, antes de que la luz declinara, Isabel se marchó. Cuando la acompañaba a la puerta ví que llegaba un cartero de Fedex y dejaba algo en el buzón. Me apresuré para ver el sobre y lo saqué. Isabel me regañó:

—No podemos tocar la correspondencia, eso lo dejó muy claro don Benito.

—Sólo quiero curiosear —dije y lancé una rápida mirada al rótulo, pero Isabel me arrebató el sobre de la mano y lo devolvió al buzón antes de que pudiera leerlo.

—Si don Benito te ve hacer eso, se te acaba el trabajo.

Pasaron unos serenos días en los que di largas caminadas por la región. Bajaba a la costa, llevaba fiambre para almorzar en los acantilados. Entraba a los cafés de Sitges a tomar carajillo, a leer, o a mirar y escuchar lo que ocurría a mi alrededor. Una tarde, cuando regresaba, me abordó un motociclista que buscaba una dirección; era la dirección de la casa. Le indiqué que estaba a unos cien metros. El motociclista dejó un sobre grande y se marchó. Saqué el sobre del buzón y miré a quién estaba dirigido: “Señores Concurso Internacional de Cuento y Novela Comunidad de Sitges”. A lo lejos me pareció ver a don Benito que se acercaba, regresé el sobre a la casilla y entré en la casa. Al poco rato apareció don Benito.

—¿Cómo está todo? —preguntó.

—Bien, sólo se han fundido un par de bombillos, pero nada más —respondí.

Tenía bajo su brazo el sobre amarillo que yo acababa de ver y dejar en el buzón.

Revisó todo; subió a la planta alta, bajó, dio un vistazo a la biblioteca y volvió a salir. En el jardín de los amarantos me dijo:

—Su trabajo es un privilegio que pocos tienen. Para conservarlo lo único que debe hacer es mantenerse alejado de lo ajeno. Me refiero a la correspondencia.

—Sí, señor —respondí con voz de regañado.

Esa noche, cuando leía las revistas que trajo Isabel, hallé algo insólito: en *La Gaceta del Libro* había varias convocatorias a concursos literarios; una de ellas decía: “La Comunidad de Sitges convoca al XVII Concurso Internacional de Cuento y Novela para escritores de lengua castellana. Podrán participar escritores de todas las edades con un libro de cuentos inédito, mínimo nueve, con una extensión total entre cien y ciento veinte páginas. El tema es libre. Para novela, obra inédita, y una extensión entre 140 y 250 páginas. Los jurados podrán declarar el premio desierto y su fallo será inapelable. Las obras participantes no serán devueltas. Los trabajos deben ser enviados a la casilla urbana de correos N° 23 de la comunidad de Sitges, Provincia de Barcelona. La organización del concurso no mantendrá contacto de ningún tipo con los participantes...”.

La fecha del concurso estaba próxima a expirar. El premio era atractivo: 15.000 euros para cuento y 20.000 para novela.

Guardé la revista y volví a la biblioteca a buscar algo que me orientara sobre lo que ocurría. Encontré en otro cajón, un fallo de un concurso anterior. Quedé con-

fundido. Intuí que en el celo de don Benito sobre el contenido del buzón había algo más que respeto a la confidencialidad o inviolabilidad de la correspondencia.

La semana en que expiraba el plazo para la recepción de obras del concurso hubo mucha agitación en torno al buzón, y don Benito, muy serio y más hosco de lo corriente, lo visitó todos los días varias veces en la mañana y en la tarde. No quise acercarme, ni hablar con él.

Al día siguiente del vencimiento del plazo, oí que llamaban desde la puerta de entrada y fui a atender el llamado. Eran una chica joven y un hombre bastante mayor que ella. La chica explicó que el hombre era escritor y preguntaron si podían dejar una obra para el concurso. Traían un sobre rotulado, lo recibí y les advertí que no garantizaba que le dejaran participar.

Esa tarde fui a buscar a don Benito a su casa para entregar el sobre. Sabía donde quedaba la casa pero jamás había entrado.

—El señor no está —me dijo desde el umbral una dama apoyada en un bastón.

—Soy el que cuida la casa de arriba —expliqué.

—Pase y lo espera.

Entré a la casa, la señora muy dulce y con una cortesía ingenua me hizo seguir a la sala. Al lado de la mesa de centro había un revistero lleno de publicaciones. La esposa de don Benito me ofreció café y se retiró. Tomé al azar una revista japonesa sobre libros, la ojeé, lo único que pude entender fue el nombre José Soler al lado de una fotografía en la que un hombre rubicundo sonreía mostrando un libro. El rostro de ese hombre se me hizo familiar. Me bebí el café y, en vista de que don Benito no llegaba dejé el sobre y volví a la casa. Busqué la fotografía de las dos parejas que había visto. Uno de los hombres era José Soler.

Al día siguiente Isabel llegó muy temprano, estaba ofuscada, su cuerpo delgado y sus facciones pequeñas se movían en medio de una irritación nerviosa. Me dijo en un tono de gran decepción:

—Perdiste el trabajo. Don Benito quiere que te marches de la casa hoy mismo.

—¿Por qué? ¿Qué hice?

—Tomaste un sobre del buzón y sabías que no podías hacer eso.

Le mostré la revista donde estaba la convocatoria y le expliqué lo que había descubierto.

—No sé por qué tanto misterio con esos sobres y ese concurso. Si es un concurso público, ¿por qué actúan como si fuera clandestino? —protesté.

Isabel se quedó pensando. Le conté lo de José Soler en la revista japonesa, leímos el cuento, le hablé de las iniciales JS en los muebles, en la puerta de entrada, y en el repuje del papel. Isabel callaba, parecía sumida en profundas cavilaciones.

—Don Benito traduce al japonés. Mi ex realizó algunas ilustraciones para un libro que Benito estaba traduciendo a ese idioma. Recuerdo que se cansó de pedir un ejemplar y nunca se lo enviaron.

Antes de que don Benito llegara metí los cuentos en mi maleta. Cuando se presentó le devolví la llave, él entró solo y revisó la casa mientras Isabel y yo esperábamos afuera. Me pagó dos meses y una “indemnización”. En un tono cordial expresó que lamentaba tener que prescindir de mis servicios.

Regresamos a Barcelona, luego de mucho buscar encontré un piso barato en la avenida Anselmo de Riu. Me acomodé a las nuevas circunstancias y caminé cada calle, cada plaza de Santa Coloma. En el centro cultural donde asistía al cine club, vi un afiche en el que se convocaba a un concurso de cuentos. Pensé que una buena manera de deshacerme de los cuentos, de los recuerdos de don Benito y de la casa, era llevarlos a ese concurso. No cambié el nombre del libro ni el seudónimo. En el sobre sellado puse como remitente a Benito Ferré y los datos de su tarjeta. Una chica más rara que las actrices de Almodóvar, recibió el sobre y me extendió una constancia. Al poco tiempo, inmerso en los vericuetos de la sobrevivencia, ya me había olvidado del asunto.

Tres meses más tarde, un domingo, llamó Isabel para decir que necesitaba hablar personalmente conmigo. El tono de la voz me inquietó; estaba enojada, o algo más que enojada. No quiso hablar y dijo que me recogería en la estación del metro de Prat de Llobregat. Cuando salí de la estación la vi recostada a una columna. Mi alegría fue recibida con un:

—¿En qué lío te metiste?

—En ninguno. ¿Por qué dices eso?

—Don Benito quiere vernos en la casa, dice que tu robaste algo y que tiene que hablar contigo.

Nos montamos al automóvil de Isabel y fuimos a Sitges. Cuando llegamos la puerta estaba ajustada, entramos y oímos ruidos en el segundo piso. Subimos y una de las habitaciones estaba abierta. Adentro, don Benito buscaba algo entre cientos de cajas: sobre la cama y en el suelo se veían miles de carpetas anilladas. Cuando nos vio comenzó a gritar:

—Fuera de aquí, fuera de aquí.

Nos salimos de la habitación y esperamos en el jardín de los amarantos. Enseguida bajó don Benito con un documento en la mano. Me lo extendió al tiempo que decía:

—¿Cómo me puede explicar esto?

Leí: “El Jurado del XIV Concurso Internacional de Cuento, Comunidad de Santa Coloma de Gramenet, integrado por los señores Jorge Piñol, Augusto Montero y Laura Vizcailuz, reunidos en la ciudad de Barcelona, el día 27 de septiembre de 2007, para deliberar sobre los textos presentados por el prejurado, y luego de leer las 30 obras seleccionadas, hemos decidido, por unanimidad, otorgar el premio en la modalidad de cuento a la obra “Todos somos amigos de lo ajeno”, presentada con el seudónimo, *Ladrón de olvidos...*”.

José Zuleta Ortiz (Colombia)

Narrador y poeta. Director de la Fundación Estanislao Zuleta y codirector de la Revista de Poesía *Clave*. Entre sus publicaciones están: *La línea de menta* (2005), *Mirar otro mar* (2006). Ganador del Premio Nacional de Literatura. Cuento inédito 2009, del Ministerio de Cultura.